

## **Un Gobierno en la oposición**

EDITORIAL

Transcurrido casi un mes de la llegada de Aznar a la Moncloa, sigue siendo difícil discernir si el PP está en el Gobierno o en la oposición. Y no tanto por la falta de diligencia en adoptar medidas que son repetidamente anunciadas por sus responsables pero que no acaban de concretarse, como por la insistencia en endosar al PSOE los presuntos males de nuestra situación actual, sea con razón o sin ella. ¿Qué extranjero habría sido capaz de decir ayer que quien esgrimía en tono crítico y hasta despechado un gráfico sobre la evolución descendente de la actividad económica los últimos meses era el poderoso vicepresidente del Gobierno actual en lugar del portavoz del principal partido de la oposición? ¿Qué crédito merece el que se presente como razón esencial de la pérdida de gas de la economía española durante el último semestre la resistencia del PSOE a anticipar las elecciones generales?

Gobernar es asumir responsabilidades y correr riesgos, y empieza a ser preocupante que el vicepresidente económico del Ejecutivo, Rodrigo Rato, no dé muestras de estar dispuesto a afrontar tareas tan penosas.

La clave de la desaceleración de nuestra economía ha tenido muy poco que ver con la fecha electoral. Ni siquiera con el clima asfixiante de convivencia pública que tanto contribuyó a fomentar el PP en la oposición con la ayuda de algunos medios de comunicación. Está en estrecha relación con un escenario internacional marcado por la incertidumbre y con la creciente preocupación de la opinión pública española por su futuro laboral o el de las pensiones. Estos son los problemas que están en la raíz de la falta de empuje de la demanda interna.

Del lado de la oferta, los problemas son los clásicos: la rigidez de una parte muy importante de nuestros mercados y el excesivo peso del Estado en la economía. El PP ha dado su palabra de que quiere ponerle —remedio, pero también a medias. De momento, parece renunciar— a modificar al marco laboral, uno de los asuntos clave. Es seguro que topará con graves dificultades entre sus aliados si afronta la liberalización del mercado del suelo, otra cuestión trascendental, y habrá de tentarse la ropa antes de acabar con los privilegios de que disfrutaban los colegios profesionales, un grupo de presión con un gran predicamento entre los nacionalistas y los sectores más conservadores del propio PP.

Alguien decía acertadamente que gobernar es elegir a los perjudicados. En cambio, “vender” que se quiere favorecer a todos y no inquietar a nadie es el papel típico de la oposición. ¿Dónde está el PP?

**EXPANSIÓN, 29 de mayo de 1996**